

tratase de un perro. La malquerencia del Zagal intentó arrojarlo en humilde sepultura, donde se perdiera, ya que no su memoria, su esqueleto; pero nunca le falta en este mundo al que ha propugnado mucho algunos devotos. Y los devotos del Sultán fueron en callada noche al cementerio vulgar, donde arrojaran los huesos queridos de su señor, y los recogieron á hurtadillas como si cometieran con aquel acto de verdadero culto una profanación, conduciéndolos nada menos que á las alturas de Sierra Nevada, los enterraron, dando al picacho más alto el nombre de Muley Hacem, que todavía conserva y todavía repiten todos los hombres en toda la redondez del planeta. Ningún sepulcro, ni los erigidos por los faraones á sus dinastías, les cuadra como cuadraba este sepulcro á tal gigante. Los astros le sirven de luminoso epitafio; las nieves eternas lo cubren con una tapa de ciclópeos diamantes; las aguas despeñadas le lloran á una con fragor sublime; las selvas le sirven de corona funeraria; el granito primitivo de lecho perdurable; las águilas con sus gritos feroces le dan aún como toques de combate; y las especies, que allí luchan y se devoran, le ofrecen espectáculos de guerra y holocaustos y sacrificios de sangre. La naturaleza lo había tallado en el mármol de los grandes hombres; pero la decadencia, imponiéndose á él, como á todos los hijos de su tiempo y de su pueblo, no le dejó ejercer aquellas grandes facultades, que chocando con insuperables obstáculos, rompiéronse fragorosas en mil menu-

dos fragmentos. Si el esfuerzo, que puso en defender una raza decaída, una religión eclipsada, una patria moribunda, hubiéralo puesto en defender causa consonante con los humanos progresos ó con el espíritu de su tiempo, indudablemente, pasara de suyo al coro de los renombres inmortales. No lo quiso el trágico hado, que pesaba sobre los suyos; y su valor y su pujanza resultaron al cabo tan adversos para el Koran como la debilidad y la inercia de Boabdil.

Encerrados Venegas y Zoraya con los dos infantes, hijos de Hacem, seguían desde la torre de Comares el curso de los sucesos con terrible ansiedad. Y no había para menos, dado que la tierra de Granada, siempre subvertida, se deshacía bajo un diluvio de lágrimas y sangre, ó se disipaba como el humo de una pira en los pliegues del aire. Boabdil había vuelto á la ciudad suya, después de haber ofrecido deshonroso vasallaje á los Reyes Católicos, y hechóse con sumisión increíble su verdadero feudatario. Y mientras Boabdil entraba en su capital, moralmente conseguida ya por sus eternos enemigos, el Zagal constituía una especie de reino, que se dilataba desde las Alpujarras á las fronteras de Jaén y á los mares de Almería, conteniendo casi toda la parte oriental del reino, y contando con ciudades tan fuertes, ricas y hermosas, como Guadix y como Baza. La política de los Reyes Católicos, merced al ojo avizor de Fernando, estaba matemáticamente calculada, y como la política la guerra.

Lo más fuerte de aquel codiciadísimo dominio resultaba la enriscada región dirigida por el Zagal. De consiguiente había que darle de mano, y dirigirse á la parte más debilitada, y dirigirse á Occidente. La sumisión de Boabdil servía mucho á tal empresa. Bien hallado con la tranquilidad, no expediría ejército alguno, capaz de pisar los talones al sitiador de Málaga, clave de toda la región occidental, y clave indefensa tras la ruina y caída de Ronda y Vélez Málaga. Naturalmente, socorriérala el Zagal desde sus dominios orientales; pero la interposición del reino granadino impedía que tales expediciones pudiesen intentarse y que los alfanjes suyos pudiesen unirse con los alfanjes zegríes en defensa de Málaga. Esta ciudad se hallaba, por tal conjunto de circunstancias supremas, muy abatida y muy á los pies del vencedor. Sin embargo, el gran caudillo de Ronda, el célebre Hamet, y sus zegríes, y sus gomeles, y la gente venida, en grande número, desde las regiones africanas á su encrepado seno, la defendieron á una en maravillosa defensa, tanto más fuerte cuanto que resultó muy heroico el empuje, contándose los asedios á Málaga entre las epopeyas más gloriosas de nuestra reconquista. Los elementos varios de la vida y de la historia humana, intervinieron á una en ella con poderosa y activa intervención. No hubo el heroísmo solamente de los guerreros, que probaron hasta dónde llega el humano esfuerzo en sus contiendas, hubo predicaciones de religiosos, profecías de astrólogos,

maniobras de videntes semíticos despertando la superstición musulmana, héroes piadosos movidos por hechizamientos y revelaciones, hasta un faqui asesino que hirió á ilustre príncipe de Portugal, creyendo herir al rey de Castilla, encuentros varios entre pelotones armados, retos y desafíos cuerpo á cuerpo, empresas como las que han inmortalizado el nombre de los Ponces y de los Pulgares, todo un poema de glorias.

Con Málaga cayó una de las mayores fortalezas poseídas por el Islam en España; y una de las comunicaciones más fáciles y más abiertas entre África y Andalucía. Zoraya y Venegas, cuyo cautiverio no había cambiado por la presencia de Boabdil en Granada, pues tanto á este le importaba como al Zagal celar aquella familia enemiga, enterábanse de todo cuanto sucedía, y con especialidad por irles más en ello, de todo cuanto sucedía entre los soldados y en el campo dirigidos por Illán. Y en efecto, junto á Ponce de León, junto á Hernando del Pulgar, junto á Gonzalo de Córdoba, entonces casi un niño, junto á Luís Portocarreo, junto al cardenal Mendoza, junto á todos aquellos héroes que han pasado en el Romancero inmortal de nuestros padres á componer como una especie de leyenda patria, como un santoral del heroísmo y del combate, junto á todos ellos Illán mantenía con esfuerzo titánico, el nombre de su gloriosa familia y el dogma de su tradicional religión, ciñendo laureles, tanto más apreciables cuanto que los había y alcanzaba en su dolor, bus-

cando algo más de lo por ellos ofrecido, buscando la palma del martirio y la paz del sepulcro. Tras la toma de Málaga vino una empresa de no tanta cuantía, pero de no inferior importancia. La ciudad, que al Norte más defendía el reino de Granada, era indudablemente Baza. Con tomarla, tomaba Castilla el centro, desde donde combatir ventajosamente á Guadix y Almería, con lo que hundíase, para no volver jamás á levantarse, la dominación del Zagal. Precisaba expugnar legiones de castillos inexpugnables, y todos quedaron rendidos. En vano comprendía la grande inteligencia militar del Zagal cuánto le importaba mantener Baza en su imperio. Pero acorralado en Guadix, no se atrevía el Sultán á descender, temiendo que le arrebataran aquel nido, á cuyo seno se habían acogido sus últimos partidarios. A pesar de tal indecisión, las Alpujarras enviaron á la defensa de Baza los más fuertes montañeses. Y lo mismo hizo la marina. Entre los héroes de la costa, descollaba Cid-Hiaya, gobernador de Almería, quien se recluyó en la ciudad con seis mil guerreros de fresco. Imposible mayor presidio en población como aquella. Sus defensores llegaban á veinte mil, y querían todos luchar, porque se asemejaba este último esfuerzo del Islam á una guerra santa.

Sita Baza en espléndida llanura, solo por un lado tenía cierta pendiente, cubierta de orientales jardines, los que ofrecían al par de increíbles delicias, formidable defensa. Quiso el rey poner allí, en

aquellos vergeles cuasi fantásticos y soñados, sus reales; y le costó el intento un sacrificio tan horrible de sus curtidos héroes, que debió retirarse, dejando yerma la campiña y apestado el aire al empuje de los combates y á la podredumbre de los muertos. El nuevo real estaba, merced á la retirada, mucho más seguro que todos los antiguos; pero también mucho más lejos, y por lo mismo inhabilitado para seguir y apretar el sitio. Metidos los cristianos reino adentro, recelaban de su posición, y temían verse trastrocados por su mal de agresores en agredidos. Así hubo quien propusiera levantar el sitio, y salir de tan temeraria empresa. No lo quisieron, ni los soldados, ni los caudillos; y el sitio se continuó, levantando los sitiadores tal número de parapetos, trincheras, y fortines, que una ciudad nueva se formó en torno de la ciudad antigua, y un sistema de talas se siguió, que bien pronto los desiertos reemplazaban á los edenés. Entonces comenzaron los combates cuerpo á cuerpo. Todavía, en los blasones de los Pulgares se ve una lanza que los atraviesa de un extremo á otro extremo, y un castillo de plata rodeado por doce leones de oro en conmemoración de todas estas hazañas. El valor de aquellos héroes, entre quienes descollaba, como siempre Illán, cortó los víveres enviados á Baza desde Guadix; detuvo los refuerzos; y apretó un cerco verdaderamente imposible, valiéndose de la fe y del entusiasmo. Las salidas de los moros quedaban muy baldías por el esfuerzo

de los cristianos. Sus emboscadas, tan hábiles y diestras, desligábanse por la grande habilidad castellana. En los combates singulares, habidos entre una y otra gente, siempre le quedaban las ventajas á los cristianos. El mundo católico entero les auxiliaba. Así el buen Cid-Hiaya iba perdiendo poco á poco la esperanza. Y había para perderla, porque los sitiadores construyeron casas de madera y hierro para los jefes, casas de paja y juncos para los soldados, y hasta un palacio para el Rey, cuyo palacio resplandecía con tejas mudejares, muy brillantes por sus tonos áureos y sus toques metálicos. Cuando se vió en la ciudad empeño tal de sus enemigos, los jeques más prudentes y los faquíes más consumados menearon con dolor sus cabezas, diciendo que todo estaba perdido. Así el mismo Cid-Hiaya, demandó una tregua, lo cual equivalía en el fondo á presagiar la rendición. En efecto, á los pocos días, las proposiciones de Fernando se oían allí mismo, donde sólo se habían oído hasta entonces los golpes de sus armas. Esa idea, tan arraigada en los musulmanes, de que auxilia siempre Dios al victorioso, háiales hecho comprender cómo el destino se inclinaba y propendía de suyo á los monarcas vencedores, invencibles por tal decreto de quien todo lo prevee, todo lo presiente, todo lo manda y ordena. El 4 de Diciembre de 1489, día de Santa Bárbara, entró Baza en el dominio de Castilla. Y no solo se rindió la ciudad al vencedor, sino que Cid-Hiaya mismo, su defensor, se rindió á la fe católi-

ca, pasando á formar parte de la nobleza castellana. Verdes valles abiertos en las arrugas de Sierra Nevada, fortalezas erigidas en los picachos de las montañas alpujarreñas, pueblos semejantes á nidos apartados de águilas ó á escondidas madrigueras de lobos, cayeron al peso de la común desgracia, y entraron en el imperio de las dos Castillas. No había ya remedio; el Zagal mismo estaba en el caso de darse á partido y de reconocer aquella soberanía, que no podía su brazo evitar. Al expirar el mes de Diciembre, ya un contrato nuevo se pactaba entre los Reyes Católicos y el Zagal malagueño. Feudatario de los vencedores, dejábanle Alhamil en las Alpujarras, y las Salinas de Malea. Dos mil moros se llamarían sus vasallos; y cuatro millones de maravedises mantendrían su casa. Para mayor escarnio, llamaríase rey de Andaraja: que todos aquellos príncipes á una se pagaban del goce de vanidad tan ilusoria, cuando habían perdido sus cuantiosos y ricos dominios. En efecto, á cambio de tal vano título, entregó las dos mejores ciudades, que aun quedaban al reino; entregó, arriba Guadix, abajo Almería: de tal suerte se desvaneció también la monarquía del Zagal. Cuando Zoraya lo supo, lloró lágrimas amargas sin fin sobre la cabeza de sus hijuelos, y vió de nuevo á Illán entrando en la torre de Comares á tomar su ruidoso desquite. Tal temor aparecía tanto más fundado, cuanto que Zoraya columbraba siempre que subía, en sus esparcimientos, á lo alto de Comares,

la Cruz de Cristo sobre los minaretes de Loja.

La preservación de Granada, mientras la guerra extendía sus furores en todas direcciones, diéronle un aumento de prosperidad como aquel de su más vivo esplendor. La rosa del Islam se abría más bella que en tiempo alguno, en el momento de caerse y deshojarse para los islamitas, pasando á rematar y concluir la corona de nuestra España. El deshonor de su rey había valido mucho dinero á los vasallos. Grandes facilidades mercantiles, procuradas por los pactos deshonorosos, le habían devuelto su antigua riqueza. Luégo, en la rota de tantas ciudades ilustres, los musulmanes más ricos veíanse obligados á pedirle á Granada un refugio y á llevarle sus tesoros en cambio. Hermoseábase la hermosa como para tentar más el deseo de los que la requerían y codiciaban. Cuando supo Boabdil que la monarquía de su tío el Zagal estaba derruida, no se acordó, en el furor anejo á toda venganza, ni del poderío de su raza, ni del esplendor de su fe; acordóse tan sólo del desacatador de Almería y del asesino de su familia y de sus partidarios. Deseando comunicar su gozo á su pueblo, salió con grande aparato por las calles, montado en su corcel mejor, y seguido de pompa y de cortejo. Pero el pueblo no participaba de sus rencores personales, y presentía el desenlace final de aquella gran tragedia. Un grito de horror al Zogoibi, á ese príncipe sellado con el sello de la desdicha desde las entrañas de su madre, y un clamor de guerra y

de combate resonaron en los aires. Granada se armó espontáneamente, y se puso bajo la dirección de un joven patricio guerrero, que se llamaba Muza, y que ardía en anhelo de pelear. No le quedaba, pues, á Boabdil más refugio que su propio eterno enemigo, aquel, que le atisbaba, para mejor devorarlo. Escribióle, pidiendo una protección indispensable, dada la cólera belicosa reinante sobre todos sus vasallos. Y Fernando, para no desmentirse nunca, le imputó con perfidia tal estado, á quien de ningún modo podía impedirlo, y le declaró la guerra. Veinte mil hombres rompieron por la Vega de Granada, bajo las órdenes del Rey Católico, talándola sin piedad. El joven heredero de tantos dominios, el infante D. Juan, destinado en los desig-nios de su padre á unir las tres coronas en sus sienes, la corona de Portugal con la corona de Aragón y de Castilla recibió la orden de caballería en aquellos encuentros, sirviéndole de padrinos los Duques de Medina Sidonia y de Cádiz, á la vista de las torres Bermejas, donde se apagaban los arreboles últimos de la Edad Media y resplandecían los albores primeros de la Edad Moderna. El combate comenzó por una cruel estratagema. Cid-Hiaya, vestido de moro, y acompañado por legiones de moros, que llevaban cautivos á varios cristianos, pidió refugio á la guarnición del castillo de Roma, sitio principal de la Vega, y por esta negra traición recogió una preciada fortaleza. Cuando supieron esto los granadinos, y además que había ido el Za-

gal con los soldados y taladores del Rey D. Fernando, encendiéronse á una en ira, y tornaron sus ojos y sus manos á Boabdil en demanda sincera de reconciliación inmediata. El Rey Chico, para sellar esta reconciliación, salió en son de guerra por las cercanías, y tomó á los cristianos el castillo de Alhendín. Todo se concluía, no obstante un triunfo como este, alrededor de Granada. El cielo se había tornado implacable contra ella y la sentencia del cielo debía sin remedio cumplirse. Ya no le quedaba más defensor que Boabdil, quien aparecía, si quier muy resuelto á vender cara su ciudad, más como un mártir que como un héroe. En cuanto al Zagal, no pudo aprovecharse, ni de la debilidad, con que deshonrara los últimos días de su vida, ni de la corona burlesca y triste, que pusiera como remate á su historia. En el mundo no se desmienten jamás, ni las leyes de la lógica, ni las leyes de la moral. Quien así á su patria vendiera, estaba destinado, en los designios providenciales, á un horrible castigo. Los últimos vasallos, que le procuraron sus traiciones, al poco tiempo de verlo en aquel diminuto reino, subleváronse airados en su contra, queriendo pasar, antes que por sus súbditos, por sus verdugos. A uña de caballo tuvo que dejarlos, pues si no los deja, la tierra de Andarax, ismaelita hasta las entrañas ¡oh! se abre y lo devora. El Zagal tuvo que cambiar sus valores inmuebles por valores muebles, y que recibir tesoros en cambio de dominios. Por quince millones de

maravedises en moneda sonante vendió sus villas, sus tierras, sus valles, y embarcando todo cuanto acababa de recibir y todo cuanto había podido salvar de sus antiguas riquezas, embarcóse para Marruecos. El Soldán de Fez lo atrajo con promesas de amistad, y lo trató con crueldades y desquites de tirano. A causa de su proceder en Granada, confiscóle todas sus riquezas, y le quitó además la libertad, encerrándolo en oscuro calabozo. Allí pasó algún tiempo gimiendo, hasta que, un día, lo sacaron ¡infeliz! Bien podían haberlo dejado allí, siempre sepultado, antes que infligirle una pena tan bárbara. Cuando, si quier pobre y desvalido, se holgaba con ver la luz, recibir en su pecho el aire puro, y gozar la libertad, el rey de Fez mandó que lo abacinaran. Entiéndese por abacinar la terrible operación de abrasarle á un delincuente los ojos con una bacía de azofar, enrojecida grandemente al fuego. Cuando ya lo dejaron ciego, permitiéronle que caminara errante por los desiertos tingitanos. De oasis en oasis, de aduar en aduar; entregado á sus instintos; sin un pobre lazarillo siquiera; buscándose un camino con báculo recién cortado de los árboles; pidiendo limosna; sediento y hambriento como el postrero de los mendigos, llegó á Velez-Gomera; donde las gentes, de tal suerte le perseguían y le acosaban á denuestos y á golpes en cuanto solían enterarse de su terrible vida, que hubo necesidad imprescindible de ponerle un cartel en la espalda y otro en el pecho diciendo: «este,

que veis, es el desdichado rey de Andalucía, compadeceos de él.» Pues nadie se compadeció. Y hasta la muerte implacable tardó en llevárselo, para que supiese á ciencia cierta el resultado espantable de las traiciones perpetradas contra su Dios, contra su raza, y contra su patria.

CAPÍTULO XXV.

Era la madrugada gloriosísima del segundo día de Enero de 1492. La nación, que siete siglos antes desapareciera borrada del mapa de las naciones latinas por el encendido aliento de los desiertos africanos, rehecha y resucitada, merced al valor y á la constancia de sus hijos, ascendía esplendente al zenit de su grandeza, y no sólo remataba su indispensable independencia coronada por la unidad, sino que inventa en el planeta continentes y archipiélagos desconocidos, en el cielo constelaciones jamás vistas, como si el Criador le hubiera prestado su fuerza creadora y le hubiera transmitido el don de los milagros. ¡Quién les hubiese dicho á los restauradores primeros de la nacionalidad española, quién les hubiese dicho á un Pelayo, á un Abarca, en sus breñas abruptas, en sus reñecillos semejantes á refugios de águilas, en sus primeros descensos al llano y correrías por las cumbres,